



Tragedia en cinco actos

Lanuza

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Tragedia en cinco actos

Lanuza

Ángel de Saavedra, Duque de Rivas

PERSONAS

LANUZA, Justicia mayor de Aragón.

VARGAS, general del Ejército de Felipe II.

ELVIRA, hija de Vargas.

HEREDIA y LARA, Infanzones aragoneses.

VELASCO, noble aragonés.

COMPARSAS

DIPUTADOS DE ARAGÓN.

CONJURADOS.

SOLDADOS ARAGONESES.

PUEBLO.

SOLDADOS CASTELLANOS.

La escena es en Zaragoza. Los tres primeros actos y el quinto, en un salón del palacio de Lanuza, y el cuarto, en una plaza principal.

La acción empieza al amanecer y acaba al ponerse el sol.

Acto primero

ESCENA PRIMERA

LARA y HEREDIA

LARA. Tornas, amigo, a esta ciudad, y tornas
a verla arder en sedicioso fuego;
aun no aparece el sol en el Oriente,
Y ya reunido y agitado el pueblo
de Zaragoza atruena los confines
con ronca furia y pavoroso estruendo.
¿Cuándo la dulce paz, cuándo la calma
volverán a Aragón?

HEREDIA.

Cuando sus fueros,

cuando sus sabias sacrosantas leyes
recobren el vigor que antes tuvieron.

LARA. ¿Y le han perdido acaso, Heredia?

HEREDIA.

Amigo,

¿siendo tú aragonés, puedes no verlo?
¿Qué resta a nuestra patria sin ventura.
de su antiguo esplendor? Sólo recuerdos
de grandezas pasadas y una sombra
de sus instituciones y derechos.
Con astucia y con pérfidos halagos,
y a fuerza de cautelas y de tiempo,
de nuestra libertad y nuestros usos
los déspotas minaron los cimientos.
Pero, aunque desplomándose, existían,
y jamás con el rostro descubierto
osaron combatir por derribarlos,
como ahora, Lara, atónitos lo vemos.
Las huestes numerosas que Filipo,
en Tarazona tiene, so pretexto
de invadir a la Francia desdichada,
que de guerra civil arde en el fuego,
para oprimirnos son, para robarnos
de nuestra antigua libertad los restos.

LARA. ¿Y el alboroto de la plebe airada
los puede sostener?

HEREDIA.

No hay otro medio.

Cuando los magistrados corrompidos
se venden al poder y aguardan premios,
y son conspiradores los prelados,
y los pudientes degradados siervos,
y los que se titulan infanzones
al déspota feroz doblan el cuello,
entonces, Lara, entonces lo que plebe
apellida tu labio por desprecio,
incorruptible, decidida, pura,
su libertad proclama y sus derechos.
Derechos que pisados y abatidos
con la prisión de Antonio Pérez fueron.
Mas si lo toleraron los cobardes
y aplausos mereció de los perversos,
viólo Aragón con ira, alzó la frente
y despertó del prolongado sueño,
juré cobrar su libertad perdida
y reclamó sus derrocados fueros.

LARA. Con razones reclame la justicia;
mas con las armas... ¡Ah!...

HEREDIA.

¿Qué estáis diciendo?

¿Qué sirve la razón para un tirano?
¿Por ventura olvidasteis ya el respeto
y la prudencia con que el buen Lanuza,
anciano justo, de virtud modelo,
apoyado en las leyes y en el voto
de todas las ciudades de este reino,
patentes hizo al rey en un principio,
con reverentes súplicas y ruegos,
las justas quejas que a Aragón turbaban,
alterando su paz y su sosiego?
Y ¿qué logró? Decid... Nada; orgulloso
el rey Filipo, en su poder soberbio,
del justicia mayor a las demandas
con amenazas contestó y desprecios,
insultando su bárbara osadía
la gloria y majestad de todo un pueblo.
Mas temióle también. Y el fiel Lanuza
de lealtad, de tesón, de canas lleno,
rindió al injusto filo de la Parca
el denodado y generoso aliento.
Y...

LARA. ¿Qué esperanza sin Lanuza queda?

HEREDIA. Vive Aragón, aunque Lanuza es muerto.

Cual vos imaginaban los malvados,
y tal vez un mortífero veneno...

LARA. ¿Tal osáis sospechar? ¡Heredia! ¡Amigo!

HEREDIA. Cualquier maldad de los tiranos creo.

Mas ¡cuánto se engañaron, si así fuese!

El patriotismo, la virtud, el celo
del difunto Lanuza, arden más vivos
del joven hijo en el heroico seno.

En él cifra Aragón sus esperanzas;
de justicia mayor el alto empleo,
que su padre ejerció, le conferimos,
y del bien general está sediento.

LARA. Pero a su juventud e inexperiencia
y a su carácter ardoroso temo.

HEREDIA Él nos ha de salvar. Las canas frías

de la mustia vejez, el torpe hielo
que de la edad el curso perezoso
derrama tardo en los humanos pechos,
apagan el valor y la energía
y engendran timidez y abatimiento.

El peligro es urgente; no aprovechan
maduras reflexiones ni consejos;
hierro sólo y poder, hierro y constancia,
y virtudes y honor.

que da todo Aragón. Pero ¿qué nuevo peligro ves? ¿Las huestes orgullosas del rey Felipe...?

LANUZA. Heredia, yo no temo ni al rey Felipe ni al tropel de esclavos que el nombre de soldado envileciendo sirven a la opresión y tiranía; seres tan degradados los desprecio. Sólo temo a los pérfidos traidores, hijos espurios de Aragón, que, fieros, se gozan en los males de la patria, y, ocultos, ansian desgarrarle el seno. El oro corruptor, la atroz calumnia, el disimulo astuto y el secreto las armas son con que nos hacen guerra, armas no conocidas en los buenos. Refrenar es preciso su osadía.

HEREDIA. ¿Qué atroz conjuración has descubierto, Lanuza?

LARA. Acaba; di.

LANUZA. Cuando la noche tendió su manto por el ancho cielo, y los zaragozanos al reposo se entregaban tal vez y al mudo sueño creyendo asegurados de la patria la santa libertad y antiguos fueros, al ver los aparatos de defensa decretados por mí, con gran secreto los traidores, que siempre vigilantes están en nuestro mal, se reunieron allá, en la Inquisición. En ese inicuo bárbaro tribunal, apoyo horrendo del despotismo y la opresión; en ese tribunal espantoso que, a pretexto de defender la religión augusta, como si no tuviera en nuestros pechos un alcázar fortísimo que basta a mantener intactos sus preceptos, difunde el fanatismo y la ignorancia y a España agobia con pesados hierros. Sus infames ministros, animados por los traidores que en su busca fueron, decretaron quedase en esta noche destrozado Aragón, por siempre opreso, sembrando en Zaragoza y su contorno discordia, muerte, horrores. Y resueltos, de armas y partidarios prevenidos,

a favor de las sombras y el silencio,
con gran recato a la vecina cárcel
de los manifestados dirigieron
su bárbaro rencor. Rompen las puertas,
y a Antonio Pérez, con furor tremendo,
arrancan y en sigilo se lo llevan;
y tornaban después con el intento
de sorprender a todos los valientes
que el honor de la patria defendemos,
y, o cargarnos de horriblas prisiones,
o, al hallarnos inermes y en el sueño,
cebarse en nuestra sangre furibundos
y sus dagas hundir en nuestros pechos.

HEREDIA. ¡Qué horror! ¡Cielos! ¡Qué horror!

LARA. Mas di, Lanuza:

¿cómo saber pudiste...? ¿Estás tú cierto...?

LANUZA. Cuando esos tigres, con altivo arrojo,
se llevaban a Pérez, él, ardiendo
de justa rabia, en altos alaridos
llamó en su ayuda al descuidado pueblo
Algunos, que escucharon sus clamores,
atónitos despiertan, el acero
empuñan diligentes, sospechando
que a la patria amenaza oculto riesgo,
«¡Venganza y libertad!», gritan; Y al punto
lanzan de Zaragoza el torpe sueño,
y todos corren a las armas, corren
a Pérez a salvar. Mas no pudieron,
que los traidores resistir osaron,
y de la Inquisición en un horrendo
calabozo le ocultan, y defienden
el lóbrego recinto, y combatiendo
salen a completar su negra trama
y a dar cima a sus pérfidos intentos.
Y trábase la lid, y en fiera lucha
mézclanse los malvados y los buenos.
Y el pavor de la noche y las tinieblas
aumentan el horror. El frío suelo
se inunda en sangre. La ciudad retiembla
al ronco son de temerosos ecos.
Llega el rumor a mí, como anheloso
y al combate feroz gritando llevo.
Conócenme los fieles ciudadanos,
ánimanse, y desmayan los perversos,
y las armas arrojan, y, vencidos,
unos se acogen al palacio regio
do esta la Inquisición; otros, cobardes

de este recinto con presura huyeron,
y algunos que, humillados a mis plantas,
imploraban perdón, todo el secreto
de la conjura atroz me revelaron,
y los que la dirigen, y los premios
que esperaban del rey, y los horrores
que iban a cometerse, y de que el Cielo
piadoso nos salvó. Ved si hay peligro.
Muchos y poderosos y de esfuerzo
son los conspiradores; seducido
tienen gran parte del incauto pueblo.
Ya han osado mostrarse frente a frente,
y no desistirán de sus intentos.
¡Oh! Plegue a Dios librarnos de traidores,
cuyas tramas y planes encubiertos
más que de las escuadras enemigas
al bárbaro furor, amigos, temo.

LARA. Frustrado ya su arrojo en esta noche,
no osarán otra vez acometernos.

HEREDIA. Y si, altivos, lo osasen, su ruina
encontrarán, Lanuza. De los buenos
el número es mayor. Si Zaragoza
abriga tales monstruos en su seno,
todo, todo Aragón a sostenerte,
y a las leyes contigo, está resuelto.
Teruel, Albarracín, Huesca, Barbastro
y las demás ciudades de este reino
se encaminan ya aquí. De recorrerlas
y alzarlas todas, cual mandaste, llego.
Todos siguen tu voz.

LANUZA. Valiente Heredia,
jamás dudé que a defender sus fueros,
barrera que contiene el despotismo,
todo Aragón uniera sus esfuerzos.
¡Cuánto, al verte otra vez en Zaragoza,
crecen mis esperanzas! En tu pecho
la libertad y el patriotismo arden,
y tú me ayudarás, y tú...

HEREDIA. Resuelto
a todo estoy: o libertad o muerte;
vida en la esclavitud yo no la quiero.

LANUZA. Llega a mis brazos; mientras hombres vivan
que alberguen tan honrados pensamientos
a pesar de tiranos insolentes,
ser venturosos lograrán los pueblos.
Ya los instantes urgen; ahora mismo
de esta ciudad los habitantes buenos

Si exhortarme pretendes animoso
a jamás desistir de sostenerlos,
habla, pues, ya te escucho.

LARA. No, Lanuza;

sólo calmar tu agitación pretendo.
El reino de Aragón...

LANUZA. Yace oprimido,
y es preciso salvarlo y defenderlo.

LARA. ¿Y quién puede...?

LANUZA. El valor y la constancia
y el voto general de todo un pueblo.

LARA. ¿Y en el pueblo confías? ¿Tú no sabes
que, como arista a quien sacude el cierzo
acá y allá se mueve, y, variable,
lo que ahora anhela lo aborrece luego,
y que si ostenta un imprudente arrojo,
pronto su furia se convierte en miedo?

LANUZA. Sólo sé que la patria me ha encargado,
el sostener sus vacilantes fueros,
y mientras tenga encargo tan glorioso
se sostendrán o moriré con ellos.

LARA. ¿Y esperas que la próspera fortuna
coronará, Lanuza, tus esfuerzos?

LANUZA. Cuando por la razón y la justicia
y por la libertad lidiar debemos,
sé que es fuerza lidiar, y en las resultas.
o prósperas o adversas, nunca pienso.

LARA. ¡Joven acalorado!... ¡Cuántos males,
qué desastres sin fin, ¡oh Dios!, preveo!

LANUZA. Cesa, Lara; no más. Si el hielo frío
de la vejez cansada en vuestro seno
derrama vil pavor, sellad el labio;
no intentéis con pronósticos funestos
ahogar nuestro entusiasmo y bizarría.
Y advertid que el que siembra desaliento
cuando para salvar la madre patria
redoblar es preciso los esfuerzos,
da sospechas tal vez...

LARA. Lanuza, ¿acaso...?

LANUZA. De estos muros salid si os turba el miedo:
de estos muros, do reina la constancia
que admirarán los siglos venideros.

Acto segundo

ESCENA PRIMERA

VELASCO, LARA y dos CONJURADOS

VELASCO. ¿Y de Lanuza en la mansión pretendes conferenciar conmigo, y...?

LARA. Sí, Velasco.

¿Qué lugar más seguro? ¿Quién pudiera, quién, dime, recelar que en el palacio, en la misma morada del justicia altanero y feroz, tratando estamos de humillar su poder y su altiveza y de servir al rey?... Los diputados de Aragón ha reunido hace un momento; tal vez les estará manifestando sus necios planes y atrevido arrojo, que por nuestros esfuerzos serán vanos. Nadie de mí sospecha, y el Lanuza, joven al fin y como tal incauto, confía en mi amistad. Yo, cuidadoso, vigilo sin cesar todos sus pasos, y nada hay que temer. Aunque la suerte esta noche fatal haya frustrado nuestra combinación, no está deshecha. Habla, nada receles. ¿Do su campo establece el ejército?

VELASCO. Animoso, de Epila ayer partió, cuando los rayos postreros daba el sol, con el anhelo de llegar al momento concertado de la conspiración que en esta noche tan mal éxito tuvo; mas llegaron los fugitivos de ella, y el prudente don Alfonso de Vargas, informado de que ya era imposible la sorpresa, mandó a la hueste suspender el paso hasta la nueva luz. Y esta mañana, luego que el cielo esclareció, tornaron las tropas a marchar, y pronto deben avistar estos muros.

LARA. ¿Conque el mando tiene ya Alfonso Vargas el valiente de los regios pendones castellanos?

VELASCO. Desde ayer que llegó.

LARA. Ya nada temo.

Caerán Lanuza y Aragón, Velasco. Si el animoso Vargas acaudilla las banderas del rey, el rey triunfando está de Zaragoza, no lo dudes. Y a los invictos tercios veteranos, que tantas veces de laurel y palma

(A un conjurado, dándole el segundo pliego.)

sin detenerte y en veloz caballo,
corre hacia Albarracín, y al fiel Azagra
éste le entregarás. Y tú, Gonzalo,

(Al otro conjurado.)

A Terüel dirige tu camino,
y al que su hueste venga comandando
de mi parte dirás que retroceda.
Marchad al punto, amigos; noble y alto
galardón os aguarda; id al momento,
y presteza y sigilo sólo encargo.
Lanuza viene ya, que no te vea.

(A Velasco.)

Yo prontamente seguiré tus pasos.

ESCENA II

LARA y LANUZA

Atraviesan el teatro doce diputados de Aragón, sin detenerse en la escena, y con ellos sale

LANUZA

LARA. Impaciente esperaba tu presencia,
valeroso Lanuza, aunque alterado
juzgaste mi prudencia cobardía,
mi acendrada lealtad amancillando.
Mas porque adviertas que mi noble pecho
rencor no alberga de tu injusto agravio,
y que con ligereza me injuriaste
cuando a la patria, como tú, idolatro,
sabe que en su servicio noche y día
vigilo sin cesar; que me es tan caro
como a ti el nombre de Aragón, Lanuza.
Y he podido indagar ha poco rato,
por medio de mis fieles servidores,
del ejército altivo castellano
noticias y secretos importantes.
En movimiento está; cuando los rayos
de la luna esta noche aparecieron
de Epila alzó con gran sigilo el campo,
y a Zaragoza intrépido camina,
y ufano llega...

LANUZA. Aunque se acerque ufano
de Filipo el ejército, no importa:
compuesto, Lara, está sólo de esclavos,
y temblarán al ver estas murallas
defendidas por hombres. A esperarlos
se halla resuelta Zaragoza. Hoy mismo
deben llegar las huestes que aguardamos
de todas las ciudades de este reino,

decididas...

LARA. ¿Y sabes quién mandando
viene del rey Filipo las legiones?

LANUZA. El maestro Bobadilla.

LARA. Qué engañado,
Lanuza, estás! El maestro Bobadilla
de general desempeñaba el cargo;
mas otro personaje en esta noche
de la Corte ha venido a revelarlo.

LANUZA. Siempre será algún vil, ministro infame
del bárbaro rencor de los tiranos;
algún cruel, vendido a la ignominia.

LARA. ¡Ah! No le insultes con ligero labio...
Cuando escuches su nombre...

LANUZA. Por ventura...
¿El rey...? Dime...

LARA. Ni sólo imaginarlo
pudieras. No es el rey.

LANUZA. Pues ¿quién...?

LARA. Tu brío
va a desmayar.

LANUZA. Jamás.

LARA. En escuchando
quién es el general.

LANUZA. ¿Quién es? Acaba.

LARA. Don Alfonso de Vargas.

LANUZA. ¡Cielo santo!
¡Vargas! ¡Vargas!

LARA. Sí. Vargas. El caudillo
que tantas glorias y trofeos tantos
ha dado a la nación. El que animoso
domó al morisco agitador del Darro
y humilló de la Flandes orgullosa
las rebeldes legiones, el que...

LANUZA. ¿Acaso
piensas que al escuchar de Alonso Vargas
el claro nombre recordé sus lauros
y sus hazañas, y temí su brío,
y que de miedo y confusión me pasmo?
Son afectos más nobles los que agitan
mi ilustre corazón al escucharlo.
¡Vargas, Vargas! ¡Qué horror! ¡Vargas vendido
a los viles caprichos de un tirano!
¿Vargas será opresor? ¿Vargas la sangre
de un pueblo libre...? ¡Oh Dios! ¡Qué emponzoñado
puñal clavaste, amigo, en mis entrañas
con nueva tan atroz!... El dulce lazo

de la santa amistad unió a mi padre
con Alfonso de Vargas, A su lado
pasé yo mi niñez... ¡Oh, cuál me amaba!
¡Cuánto le amé desde mis tiernos años!
En su casa, mi pecho sin ventura
por la primera vez el dulce halago...
Elvira...

LARA. ¿Qué recuerdos! ¡Ah!... Lanuza,
conozco tu dolor, pues sé los lazos
que te estrechan con Vargas; sé que vive
su hija, la hermosa Elvira, en tu palacio,
entregada a tu madre. Sé que pronto
va a coronar tu amor el nudo santo
del himeneo... ¿Y combatir pudieras
con el padre?...

LANUZA. ¿Lo dudas? ¿Y tu labio
se atreve a preguntar a mi denuedo
si podré combatir?... ¡Ah! Con dudarlo
me ofendes... Patria, sí, juré en tus aras
defenderte y vengarte. A ti consagro,
a ti mi corazón. Librarte sólo
anhelo y nada más... Si imaginaron
los déspotas alevos seducirme;
si mi constancia derrocar, tentando
los resortes ocultos de mi pecho,
no lo conseguirán, no. Los tiranos,
¡qué astutos, Lara, son!... Mas dime: ¿es cierto?
¿Manda del rey Filipo los soldados
don Alfonso de Vargas?

LARA. No lo dudes.

LANUZA. ¿Y pudo Vargas el horrible encargo
de combatir con la virtud de un pueblo
sin rubor aceptar? ¿Puede ser grato
a su pecho valiente y generoso
lidar para oprimir? ¿Su heroica mano
el látigo afrentoso, y no el acero,
podrá empuñar, y agostará sus lauros
con tan torpe baldón? ¡Ah! ¿Por ventura
no cuenta el rey Felipe cortesanos
sin honra, sin virtud, que sus decretos
de exterminio y horror ejecutando
no tengan qué perder, y elige a Vargas?

LARA. De escuchar tu extrañeza no me pasmo.
Eres joven, Lanuza; aún no conoces
cuál la ambición trastorna el pecho humano.
Del mismo rey con afanoso ruego
pienso que Vargas pretendió este cargo

en las lorigas y bruñidos cascos;
los relinchos, las trompas y atambores
ensordecen el aire. El cielo vago
de ardiente polvo empaña densa nube,
y los tercios y escuadras, ocupando
las cercanas colinas, amenazan
muerte y desolación. Mas los bizarros
hijos de Zaragoza, con desprecio
ven su orgullo feroz y sanguinario.
y disponiendo tiros fulminantes
las almenas, valientes, coronaron,
y ocupan los robustos torreones,
y lidiar y vencer sólo anhelando,
de muerte o libertad el noble grito
resuena por doquier. Lanuza, vamos.

LANUZA. Vamos, amigo: aprendan hoy los pueblos
a defender sus fueros sacrosantos.

ELVIRA. ¡Lanuza! ¡Oh Dios!...

HEREDIA. ¡Señora!

LANUZA. Pronto, Elvira,

con la victoria tornaré a tus brazos.

ELVIRA. Tu vida el Cielo salve...

LANUZA. Y a mi patria.

o muera yo si triunfan los tiranos.

ESCENA V

LANUZA, HEREDIA y LARA

LARA. Esperad, esperad; aun el momento
de combatir, Lanuza, no ha llegado.

Aunque los tercios de Castilla ocupan
de Zaragoza los vecinos campos,
en cuanto vieron nuestros altos muros,

ora al notar el bélico aparato
y la actitud valiente y decidida
del noble pueblo aragonés, o acaso
por no ser su intención el combatirnos.
su marcha suspendieron. Yo, observando

desde una torre estaba, cuando advierto
que hacia estos muros con ligero paso
un personaje, que en las altas plumas
y en la armadura y andaluz caballo
mostraba ser de cuenta, se acercaba
una bandera blanca tremolando.

Desciendo al punto por aquella parte,
con una escolta del rastrillo salgo,
me acerco, y reconozco a Bobadilla.

Quiso ceñir mi cuello con sus brazos;

Mas antes al broquel que de la espada
echómosla esta vez, y concedamos...

HEREDIA. Sólo lidiar...

LARA. Permíteme repita,
¡oh noble Heredia!, que tu celo aplaudo.
Conoce, empero, que causar pudiera
a España la repulsa graves daños.
¿Qué sabemos si el pobre Alonso Vargas
el nombre de Padilla recordando,
seguir pretende sus gloriosas huellas,
y en vez de combatirnos a ayudarnos
viene, y a que Aragón se una a Castilla,
causa común de libertad formando?
Y si tal heroísmo y fortaleza
no le es dado abrigar, ¿no puede acaso
temer el embestirnos, y, cobarde,
partidos ventajosos presentarnos,
que de Aragón la libertad afirmen,
y que fuera imprudente no escucharlos?
Mas doy que ni seguir nuestras banderas
quiere, ni hacernos ventajosos pactos,
sino que sólo diferir procura
el momento dudoso del asalto.
Considerad, considerad os ruego
lo que puede importar el dilatarlo.
Cortas las fuerzas son, aunque valientes
que a Zaragoza guardan; de Barbastro,
de Albarracín, de Terüel, de Huesca,
las decididas huestes no llegaron.
Con ellas es seguro nuestro triunfo;
sin ellas... Mas, amigos, no perdamos
el tiempo inútilmente: la justicia,
la razón, la prudencia, aconsejando
están dar el seguro.

HEREDIA. Siempre temo
ocultas tramas, encubierto engaño.

LANUZA. Graves de Lara son las reflexiones.
Entre al momento el general contrario.
Tu amigo le conduce. En tanto, Heredia,
convoca de Aragón los diputados,
mientras yo corro en torno las murallas,
la vigilancia en ellas aumentando.
¡Oh Dios, eterno Dios, benigno mira
a este pueblo valiente, y con tu amparo
guarde su libertad, guarde sus leyes
sin que haya menester para lograrlo
apelar a la guerra asoladora,

azote atroz del miserable humano!

Acto tercero

ESCENA PRIMERA

LANUZA, presidiendo a doce diputados, que estarán sentados por orden. Entre ellos, LARA y HEREDIA. Guardia de soldados aragoneses, pueblo en pie al fondo del teatro

LANUZA. Representantes del heroico reino
aragonés, apoyos de la patria,
de sus fueros valientes defensores
y del pueblo consuelo y esperanza:
si al ver nuestros clamores desoídos,
y nuestras libertades ultrajadas
por el pérfido arrojado de un tirano,
que en vez de gobernar oprime a España,
jurar supimos contrastar su furia
y sostener las leyes adoradas
con que nuestros mayores nos dejaron
libertad y poder, honor y fama,
y jamás a afrentoso infame yugo
tender el cuello y amoldar el alma,
llegado es ya el momento venturoso
de que en obras se tornen las palabras,
por nuestra decisión mirando el mundo
las glorias de este reino aseguradas.
Hoy el Cielo tal vez, ¡oh aragoneses!,
benigno protector de nuestra causa,
hoy quiera coronar nuestra justicia,
sin que en sangre tiñamos las espadas.
Esas huestes altivas que nos cercan,
y que a guerra feroz nos provocaban,
parece que al mirar estos adarves
que el patriotismo y las virtudes guardan,
nuestro desnudo admiran y respetan,
temen lidiar y su valor desmaya.
Para hacer propuestas importantes
pidió su general Alfonso Vargas
un seguro; seguro a que un momento
dudé acceder; mas luego la esperanza
de evitar una guerra asoladora,
si nuestro honor y libertades patrias
nos es posible conservar sin ella,
me movió, al fin, a permitir su entrada,

y aquí va a aparecer. Representantes,
escuchémosle, pues, y con la calma
digna de un pueblo libre que defiende
fueros sagrados, leyes sacrosantas.
Si propone dejar esta riqueza
que tanto idolatramos pura, intacta,
y retirar al punto sus pendones
del territorio aragonés, renazca
la dulce paz, conclúyase la guerra,
vuelva Filipo a ser nuestro monarca,
y no haya más discordia entre españoles,
pues justicia queremos, no venganza.
Mas si intentare, acaso, seducirnos,
o astuto derrocar nuestra constancia,
o ministro de un déspota insolente
insultarnos osare su arrogancia,
proponiendo la afrenta y el oprobio
como medio de paz, al punto salga,
mas respetado y sin ofensa alguna,
del recinto sagrado de esta plaza,
y reciba en el campo, en noble guerra,
el galardón de su imprudente audacia.
Póngase al frente de sus bravos tercios
que el morado pendón viles infaman,
y que olvidan, sedientos de exterminio,
los duros hierros que a Castilla enlazan,
y con ellos osado y ciego embista
de Zaragoza fosos y murallas;
su arrojo en ellas mirará estrellarse,
cual en escollos de la mar la saña.
Y si la suerte se nos muestra esquiva,
y el iracundo Cielo nos contrasta,
muramos con honor, muramos libres,
húndase Zaragoza en las entrañas
de la espantosa tierra, libre, empero,
antes que exista sin honor y esclava.
Si lo manda el Destino, perezcamos;
mas encendiendo vengadoras llamas,
que consuman a opresos y opresores
y hagan gloriosa, eterna, nuestra fama.
Sagunto así por sostener un pacto,
por defender su libertad Numancia,
son hoy escombros, de invasores miedo;
son hoy cenizas y blasón de España.
Mas no temamos que de Dios el brazo
así abandone nuestra justa causa;
antes ufanos esperar debemos

victoria, triunfo, inmarcesibles palmas.
Lara, conduce a este lugar al punto
al jefe de las huestes castellanas.

ESCENA II

Los mismos; LARA y VARGAS

Al entrar dará muestras de turbación y sorpresa

LANUZA. ¿Qué os turba, castellano, la presencia
de un pueblo libre que sus leyes santas
jurado ha sostener? Habla; y al reino
aragonés instruyan tus palabras
de tu intento, a pedir entrar seguro
suspendiendo la furia de las armas.

VARGAS. No este aparato imponente me turba,
aunque el mirarme en medio de él me pasma.

Yo he pedido una tregua y un seguro
para hablar con Lanuza, y esperaba
hallarle a solas, verle do mis brazos,
mi cariño y mi amor le recordaran
donde pudiera...

LANUZA. Basta; en este día
ni Lanuza soy yo, ni tú eres Vargas.

Tú eres el adalid de un rey tirano
que intenta esclavizar mi cara patria.
Yo, el caudillo de un pueblo generoso
que ama sus leyes y juró salvarlas.

Hoy nada tienes que tratar conmigo;
el reino de Aragón es con quien tratas,

VARGAS. El reino de Aragón, modelo siempre
de lealtad, de prudencia y de constancia
El reino de Aragón, que hasta Bizancio
los pendones llevó de sus monarcas,
rebelde ahora...

LANUZA. Tan odioso nombre
al reino de Aragón jamás le cuadra;
sólo rebeldes son los orgullosos
que en contra de las leyes se declaran.

VARGAS. ¿Quién osa contra el rey...?

LANUZA. Ahora no tiene
rey Aragón.

VARGAS. Felipe.

LANUZA. Sólo mandan
los reyes por la fuerza irresistible
de la ley que juraron, si la guardan.

Mas al momento que la infringen pierden
los derechos al solio, y lo profanan.

VARGAS. Felipe, padre de la España toda

piadoso escuchará vuestras demandas;
y el remedio...

HEREDIA. ¡Piedad!... Con, los esclavos,
no con un pueblo libre debe usarla;
no una infame piedad, justicia sólo
es lo que el reino de Aragón reclama.

VARGAS. ¿Y puede reclamarse la justicia
al horrísono estruendo de las armas...?

HEREDIA. Son el único apoyo de los pueblos
cuando el vil despotismo los ultraja.

VARGAS. Orden, moderación, son las divisas
de aquellos que defienden justas causas,
Son el apoyo firme de los buenos.

HEREDIA. ¡Orden! ¡Moderación! ¡Vanas palabras
con que los degradados, los cobardes,
su necedad y su pavor disfrazan!

LANUZA. ¡Orden! ¡Moderación! ¡Prendas divinas
que los astutos déspotas profanan!

Orden a la quietud de los sepulcros
y a la degradación de siervos llaman.

Moderación al sufrimiento indigno
con que el esclavo a su señor acata.

Dejad reconvenciones, castellano,
que no es dado a Aragón el tolerarlas.
Proponed, y no más.

VARGAS. Zaragozanos,

escuchad., pues, con reflexión y pausa,
propias de generosos infanzones
que sólo el bien anhelan de su patria,
las propuestas de un rey, de un rey benigno
que perdona extravíos si dimanar
de valor y virtud; que olvida ofensas,
y sólo quiere ver felice a España.

Si vuestras leyes menoscabo sufren,
magnánimo os ofrece restaurarlas.

Como padre los brazos os presenta;
en ellos de Aragón la paz renazca,
Cese la agitación que hoy lo destroza;
las huestes deshaced, dejad las armas.

Y vuestros fueros os serán guardados,
las antiguas costumbres respetadas,
de justicia mayor el ministerio
tendrá la autoridad que la ley manda,
y ser rey de Aragón libre y glorioso
será el timbre primero del monarca.

En él su dicha y sus desvelos cifra;
así os lo ofrece su real palabra,

así os lo ofrezco yo. Mas prenda sea
de reconciliación, que al punto abra
Zaragoza sus puertas a las tropas
del rey, y que al momento a mí entregada
de Pérez quede la persona infame,
promovedor tal vez de estas desgracias.
Torne el virrey, los magistrados tornen
la ciudad a regir; no habrá venganzas,
no castigos; olvido solamente,
generoso perdón...

LOS DIPUTADOS

¡Perdón!... ¡Oh infamia!

Y EL PUEBLO.

HEREDIA. Nosotros nunca fuimos delincuentes.

PUEBLO. O muerte o libertad.

LANUZA.

¡Oh voces santas,

dignas de aragoneses, de hombres dignas
que en su espléndido honor no sufren mancha!
Libres seréis; en vuestros pechos arde
del patriotismo y del honor la llama;
dignos sois de ser libres, seréis libres,
que el Cielo vengador el triunfo os guarda.
y tú, audaz castellano; tú, caudillo
de las huestes de un rey, ¿con qué arrogancia
osas proposiciones tan infames
hacer a un pueblo decidido? Marcha,
torna a tu campo, ordena tus valientes,
para el combate anima tus escuadras,
y vengan a la lid esos guerreros
que las cadenas sin rubor arrastran.
¿Nuestro valor, nuestro denuedo humillas
y de Felipe la clemencia ensalzas,
y cariño y bondades sólo ofreces,
y gloria y paz y libertad proclamas?
¡Triste del pueblo que en halagos fía
y en ofertas capciosas de un monarca,
que lo que hacer le ordena la justicia
lo ofrece altivo cual si fuera gracia!
Mil bienes nos presentas cauteloso;
mas ¿qué prendas nos das de tus palabras?
¿Que tus tercios al punto recibamos
dentro de Zaragoza?... ¿Que las armas
dejemos de las manos?... ¿Que entreguemos
de Pérez la persona a la venganza
del irritado rey? ¿Y así, empezando
por infringir la ley el restaurarla
nos ofrece?... ¡Oh baldón! Sal de estos muros,
donde obcecado yo te di la entrada;

que buenos todos son, los buenos piensan,
y yo pensé que bueno fuera Vargas.
Perdonad este error a mi deseo,
pueblo zaragozano; imaginaba
que el fuego del honor que ardió en Padilla
hoy ardiera en las tropas castellanas,
y que, siguiendo nuestro ejemplo heroico,
el yugo vil que en Villalar le impuso
de Carlos triunfador la adusta saña,
y que para tan noble y digna empresa
iban a proponernos alianza;
que a sospechar que en el cautivo pecho
de este adalid no cabe empresa tanta,
y que sólo su afán era insultarnos,
no fuera Zaragoza profanada
jamás con su presencia.

VARGAS. Piedad sólo

me estimuló a venir a estas murallas,
donde insensible a ultrajes y a caricias
opongo a vuestra furia noble calma.
Mas escuchadme por la vez postrera:
vosotros provocáis vuestras desgracias;
jamás me mire de ellas responsable,
ni vuestra sangre sobre mí recaiga;
que cuando rotos vuestros altos muros
y en tierra hundidas vuestras torres altas,
en Zaragoza entraren de exterminio
y confusión y horror acompañadas
mis vencedoras huestes, y estas calles,
pórticos y jardines y anchas plazas
de sangre y de cadáveres se cubran,
y se hundan vuestros techos, y las llamas
consuman los alcázares soberbios,
los templos santos, las humildes casas,
y párvulos y ancianos y mujeres
pasados por el filo de la espada,
todo sea mortandad, llanto, ruina,
os arrepentiréis de vuestra infausta
decisión, implorando vanamente
mi piedad, la clemencia del monarca
que ciegos insultáis.

LANUZA. Cesa, guerrero;

de Aragón-no conoces la constancia;
si el Cielo ha decretado su ruina,
como salve su honor, no le acobarda.
Retírate a tu campo.

VARGAS. Antes permite

que el reino de Aragón pida dos gracias,
que si de generoso y de valiente
tanto blasona, no podrá negarlas.

HEREDIA. Escuchémosle, pues.

VARGAS. Es la primera

que la tregua prosiga hasta mañana
al asomar el sol. No, aragoneses,
juzguéis que es por temor de la batalla,
ni porque espero reforzar mis tropas;
solamente me mueve a dilatarla
el amor que me inspira vuestro aliento
y el conocer que, acaso, es vuestra causa
justa en el fondo, y con horror los males
ver que a vuestra ciudad, ¡ay!, amenazan.
Hoy debe de tornar un mensajero
que reverente dirigí al monarca,
y que puede traer un resultado
venturoso a Aragón, sin que las armas
y los desastres de ominosa guerra
hagan temblar a la afligida España.
Retárdese la lid, sí, yo os lo ruego,
yo os lo demando en nombre de la patria.

HEREDIA. Volemos al combate, no más tregua,
no haya más dilación.

PUEBLO. ¡Guerra y venganza!

LANUZA. Cual vosotros la lid ansioso anhelo,
y en contra de los déspotas la espada
fulminante esgrimir. Mas, ciudadanos,
aunque contemplo inútil la tardanza,
y sé que los tiranos no transigen
con los pueblos jamás, séale acordada
la suspensión que pide, y sepa el mundo
que la española sangre nos es cara,
que sólo combatimos provocados
de una injusta agresión. Hasta mañana
se prolongue la tregua. Aragoneses,
así obra un pueblo justo.

VARGAS. La otra gracia

es que en mí contempléis a un padre tierno,
que una hija tiene dentro de esta plaza;
permitidme el consuelo, aragoneses,
de verla un solo instante y de abrazarla.

DIPUTADOS. Justa es su petición.

HEREDIA. Justa; y al punto

se le debe acordar. Pero que salga
luego de Zaragoza.

LANUZA. Castellano,

a tu hija abrazarás; luego a la estancia
(A Lara.)
condúcele de Elvira, y al momento
fuera de Zaragoza y sus murallas.
Y nosotros, valientes defensores
del heroico Aragón, cuya constancia
será ejemplo en el mundo eternamente,
preparémonos, pues, a la batalla,
que paces esperar del despotismo
es un vano delirio. Nuestra causa
es tan grande y tan justa, que respeto
infunde aun a los mismos que la atacan.
La generosidad y la prudencia
la santifican más, y más la ensalzan,
y con nuevo valor, con mayor brío
y con mayor justicia nuestras armas
sabrán asegurarla para siempre,
pues cuando el nuevo sol sus luces claras
tienda por estos campos, la victoria
coronará las leyes de la patria.

ESCENA III

VARGAS, LARA y VELASCO

LARA Su altivez y su arrojo, ¿no te irritan?

VARGAS. Su noble decisión mi pecho encanta,
y por salvarle...

LARA. Es vano cuanto intentes.
ni ya piedad merece su arrogancia.
A nuestro rey, amigo, obedezcamos,
y sobre estos rebeldes luego caiga
el peso de su cólera. Dispuesto
todo está; nada temas. Ahora abraza
a tu inocente Elvira, y sin demora
parte a poner en orden...

VARGAS. Tente..., aguarda...
Verme a solas anhelo con Lanuza.
El lo quiere evitar... Si tú...

LARA. Me pasma
tu flaqueza; no esperes que ese joven
se rinda a la razón.

VARGAS. Si tú encontraras
medio de que le viese... Acaso...

LARA (Suspense.) Espera;
que contigo se aviste en esta estancia
nos es muy conveniente... Ya sé el modo
de obligarle a venir. Velasco, marcha,
afán y gran secreto aparentando,

en busca de Lanuza, y dile: «Vargas
de sacar a su hija de estos muros
sin tu noticia en este instante trata.»

VELASCO. Os comprendo... Seréis obedecido,
y aquí vendrá Lanuza sin tardanza.

LARA. Cuando tú adviertas que hacia aquí sus pasos
cuidadoso dirige, de él te apartas,
con el virrey te avistas y de mi parte
le encargarás que al arrabal se vaya.
Mas antes dile a Elvira, sin que sepa
qué su padre está aquí, que al punto salga.

ESCENA IV

VARGAS y LARA

VARGAS. Tu intento no descubro...

LARA. Pronto, amigo,
vas a ver a Lanuza. De las gracias
de tu inocente hija y de sus ruegos
válete, y puede ser que su arrogancia
vacile y que le venzas. ¡Logra tanto
con un joven el lloro de su dama!
Tú insistes en que pretendes de estos muros,
para que a ellos jamás vuelva, sacarla.
Mas nunca te la lleves, nunca, amigo;
tenerla en Zaragoza es de importancia.
Segura está; Lanuza... Mas ya viene
tu Elvira. En breve torno, y nada, nada
te asuste... Mi prudencia me sugiere
una trama feliz.

ESCENA V

VARGAS Y ELVIRA

Sale con Velasco que al punto se va detrás de Lara

VARGAS. ¡Hija adorada!

ELVIRA. (Arrojándose en los brazos de Vargas con gran ternura.)

¡Padre! ¡Padre!... ¡Gran Dios! Mi padre. ¿Es cierto?

¿Cómo dentro, señor, de estas murallas?

VARGAS. Mi suerte inexorable, amada Elvira,
me trae a combatirlos, a arruinarlos,
por el ciego ardimiento de tu amante,
insensible a mi amor y a mis plegarias.

ELVIRA. Qué, ¿le habéis visto ya? ¿Ya en vuestros brazos?

VARGAS. Sí; le vi, por mi mal.

ELVIRA. ¡Dios!... ¡Qué palabras!

¡Me hielan de terror!... ¡Oh padre mío!

Estando vos en Zaragoza, nada,
nada me asusta, ni asustarme debe.

Mi Lanuza os respeta, me idolatra.
¡Oh, qué dulces caricias y desvelos,
qué ternura y afán su madre anciana
sin cesar me prodiga!

VARGAS. ¡Ay inocente!

Soy jefe de las huestes castellanas
que a Zaragoza sitian. De mi airado
rey me encuentro ministro de venganzas.

ELVIRA. (Con extremada agitación.)

Lanuza... Mas él llega...

VARGAS. Hija querida,
une tu tierno llanto a mis plegarias;
roguémosle...

ESCENA VI

VARGAS, ELVIRA y LANUZA

LANUZA. ¿Quién es, quién el aleve
que osa el dulce tesoro de mi alma
robarme sin piedad?

VARGAS. (Enternecido) ¡Hijo!... ¡Lanuza!

LANUZA. Al momento salid de estas murallas,
orgullosos adalides del despotismo.

VARGAS. ¡Ah! No ultrajes mi amor... Mira a tu amada...
Ve su pálida faz...

LANUZA. Tiembla, insensato,
y no esperes triunfar de mi constancia.
¡Elvira! ¡Elvira mía! Yo te adoro...

ELVIRA. ¡Lanuza!... ¡Oh Dios! Tu aspecto me acobarda.
¿Y no conoces a mi amante padre...?

¿Al amigo del tuyo...?

LANUZA. Elvira, calla;
sí, calla, por piedad. Ese guerrero
no es el noble, el ilustre Alfonso Vargas.
Mas dime: ¿me abandonas? ¿Tú consentes
en salir para siempre de este alcázar?

ELVIRA. (Temblando.) ¡Yo!...

VARGAS. Elvira al punto se vendrá conmigo;
a seguir a su padre está obligada.

ELVIRA. ¡Señor! ¡Oh padre mío!

LANUZA. ¡Monstruo horrendo!
No lo consentiré, no.

VARGAS. Ya degradan
mi carácter excelso y mis laureles
tanto insulto y tan necia tolerancia.
Sí, soy su padre; de la atroz ruina
de esta infeliz ciudad, que por tu audacia
va pronto a no existir, salvarla quiero.

Sígueme, Elvira; ven.

ELVIRA. ¡Desventurada!

¡Qué horror! ¡Padre! ¡Lanuza!

LANUZA. ¿Y me abandonas?

ELVIRA. ¡Lanuza..., ¡oh Dios! mi padre me lo manda!

LANUZA. ¿Y yo te he de perder?

VARGAS. Y para siempre.

ELVIRA. Si con verdad me adoras...

VARGAS. Conservarla
está en tu mano.

LANUZA. ¡Oh seducción horrible!

Perdona mi dolor, soy hombre, ¡oh patria!

Mas no la robarán. Cruel verdugo,
tiembla mi enojo y mi tajante espada.

ELVIRA. (Con gran temor, conteniéndole.)

¡Cielos! ¡Qué horror! ¡Lanuza!

VARGAS. ¿Y qué dominio
tienes sobre mi hija?... ¿Y tú te jactas
de virtud y de honor?

LANUZA. (Abatido.) ¡Elvira mía!

¿Mi amor olvidas? ¿Huyes de este alcázar
para siempre...?

ELVIRA. Mi padre...

LANUZA. ¡Oh cruda suerte!

Por piedad, por piedad, Alfonso Vargas,
no me arranquéis...

ESCENA VII

VARGAS, ELVIRA, LANUZA y LARA, con algunos del pueblo, que habrán oído los últimos versos

LARA. Lanuza, el pueblo airado
en altas voces sublevado clama
porque al punto el caudillo castellano
torne a su campo. De su ciega rabia
temo que del seguro el fuero rompa,
y acaso...

LANUZA. Cesa; tu sospecha es vana;
jamás un pueblo libre así atropella
la fe del pacto, Don Alfonso Vargas,
salid de Zaragoza en el momento.
Yo os acompañaré.

VARGAS. No me acobarda
de la plebe el furor... Pero mi Elvira...

LARA. Segura queda aquí, podéis dejarla.

Vos marchad al instante. ¡Padre mío!

ELVIRA. (Abrazando a Vargas.)

¡Oh discordia fatal!... ¡Oh guerra infausta!

Acto cuarto

ESCENA PRIMERA

LARA y VELASCO. Soldados aragoneses con banderas, pueblo, artillería, etc.

VELASCO. (A un lado del teatro y recatándose de la multitud.)

Nuestro el triunfo será, ya nada temo;
las torres avanzadas y las puertas
guarnecidas están cual nos conviene,
y lo veréis en la ocasión primera.

De Teruel y Albarracín las tropas
al punto obedecieron la orden vuestra.

Y ya están detenidas las escuadras
que se alistaron en Barbastro y Huesca.

LARA. ¿Y dónde están nuestros amigos?

VELASCO. Todos

del muro y la ciudad partes diversas
ocupan con recato; en esta plaza
muchos están cual veis, y están alerta.

LARA. ¿Acompañaste a Vargas?

VELASCO. Hasta el punto

do avanzadas se ven sus centinelas
escoltándole fui.

LARA. Velasco, basta,
que aquí ese joven altanero llega.

ESCENA II

Los mismos; PUEBLO y LANUZA

Los soldados se ordenan y el pueblo se acomoda al fondo, y todos, a la escena

PUEBLO. ¡Viva la libertad!

LANUZA. ¡Amigos, viva,
y los tiranos y traidores mueran!

¡Oh pueblo aragonés, siempre glorioso!

El ansiado momento ya se acerca
en que al mundo valientes demostramos
que es libre un pueblo cuando serio anhela.

Del déspota las huestes orgullosas
cobardes ya nos miran y respetan;

compónense de siervos degradados,
y almas esclavas el valor no albergan.

Ved cuál su insana furia se ha entibiado
sólo con avistar estas almenas;

vedlos capitular, y temerosos

dilatar el combate, pedir tregua...
PUEBLO. ¡No haya treguas!... ¡La lid!
LANUZA. ¡Oh noble grito,
de victoria feliz segura prenda!
Mas contener debemos, ciudadanos,
el santo ardor que hierve en nuestras venas.
Si desechamos del contrario jefe,
con justísimo enojo, las propuestas,
hasta el próximo sol le concedimos
las armas suspender. Y nunca sea
por un pueblo valiente y generoso,
que las virtudes y el honor profesa,
rota la fe de un pacto. Los que lidian
por la justicia y la razón, cubrieran,
si la justicia y la razón hollaran,
sus claros nombres de baldón y afrenta.
Los enemigos dilatar quisieron
el plazo de la lid; la gloria es nuestra.
No tememos que aumenten sus escuadras;
la dilación disminuirá sus fuerzas;
pues si al primer momento no han osado
acometer nuestras ferradas puertas,
aún menos lo osarán mientras más piensen
lo deshonoroso de su inicua empresa.
También, aunque nosotros ya miramos
seguro el triunfo, la victoria cierta.
no debemos privar de los laureles
a las valientes tropas que se acercan
de las ciudades. Llegan, pues, y todos
parte en la lid y en la venganza tengan.

ESCENA III

Los mismos y HEREDIA

HEREDIA. ¿Quién en la fe de los tiranos fía?

¡Oh maldad! ¡Oh traición!

LARA. ¿Qué ocurre, Heredia?

HEREDIA. Del arrabal en la almenada torre
ya el pabellón del rey Felipe ondea.

LANUZA. ¡Amigo!... ¿Cómo? Dime...

HEREDIA. En el momento
que el jefe castellano a sus banderas
tornó desde estos muros, con recato
alguna parte de su gente ordena,
y mudo el atambor, las tropas mudas
y en gran silencio y sin temor se acerca
por aquel lado al elevado muro,
donde ninguna oposición encuentra.

Allí el virrey estaba, allí el prelado,
y con vil oro y seducción y ofertas
la multitud comprada ya tenían,
y el adarve y las armas todos dejan
al acercarse el castellano. Algunos
gritan: «¡Traición!», y pónense en defensa;
pero pocos, sin plan y divididos,
sólo la muerte o el desprecio encuentran,
y álzanse los rastrillos, y en los brazos
reciben los traidores, ¡vil afrenta!,
al bárbaro enemigo, que orgulloso
ocupa el arrabal todo, y se ceba
en sangre, en muerte, en latrocinio infame.
Mas ya por la ciudad cunde esta nueva,
y coronan el muro los valientes:
las escuadras del rey también se aprestan,
y todo es confusión.

LANUZA. ¡Atroz perfidia!

LARA. ¿Y cómo pudo ser...?

PUEBLO. ¡Venganza y guerra!

LANUZA. ¡Guerra y venganza, sí, guerra y venganza!
¡Sangre, sangre tendrán, pues sangre anhelan!

Vamos a combatir; el alto muro
guárdase con ardor, ilustre Heredia;
a ti te encargo a Zaragoza, Lara,
en este sitio un escuadrón reserva
pronto para lidiar donde el peligro
exija concurrir con nuevas fuerzas.

(A uno de los pelotones de tropa.)

Y vosotros, venid, seguidme osados,
que salir quiero de los muros fuera,
y en campo abierto nuestro noble brío
patentizar al orbe en la pelea,
y aterrar esas huestes ominosas
que no osan combatir en noble guerra,
y vengar el engaño, la perfidia
con que abusaron de la pura, excelsa
virtud de un pueblo libre. Mas primero
(Tomando una bandera con las armas de Aragón.)
jurad por el honor que arde y alienta
en vuestros pechos, por la cara patria,
que su salud de nuestro esfuerzo espera:
o vencer o morir.

SOLDADOS. (Los que siguen a Lanuza.) Sí, lo juramos.
O vencer o morir.

LANUZA. ¡Oh Dios, que velas
sobre los buenos! Oye nuestros votos.

Protege, bondadoso, nuestra empresa,
y que al hundirse el sol en el ocaso
libre por siempre a Zaragoza vea.

(Sale Lanuza por un lado con el pelotón que eligió, y le sigue algún pueblo, y Heredia se va por otro lado con algunos otros y Velasco.)

ESCENA IV

LARA, SOLDADOS y PUEBLO

LARA. (Dice los cuatro primeros versos como hablando con los que acaban de salir.)

Andad, andad..., ¡oh mísero Destino!
¡Vuestro noble valor qué recompensa
horrible va a tener! Sí; ese altanero
joven voluble al precipicio os lleva.
Y vosotros, venid, desventurados;
aquí reuníos por la vez postrera,
ya que queréis ser víctimas incautas
de una astuta traición, de una perversa
trama que no alcanzáis. ¡Oh patria mía,
digna de mejor suerte!... ¿Qué te espera
después de tantos años de altas glorias?
Sólo torpe baldón, infamia eterna.
¡Infelices!... ¡Qué horror! No quiera el Cielo
que yo coopere a la desgracia vuestra...
¿Por qué la muerte perdonó mis días,
cuando con fama y con honor muriera,
y para presenciar tanto infortunio
me conservó la mísera existencia?

ALGUNOS DEL PUEBLO. ¿Dudas del triunfo tú?

LARA. ¡Desventurados!

¿Quién es tan ciego que victoria espera?
¿Quién la debe esperar? Aragoneses,
¿no veis la horrible sima que está abierta
bajo de vuestros pies?... Abrid los ojos;
veréis cuán vana es toda resistencia
contra el poder del triunfador Felipe,
del bravo Vargas, de sus huestes fieras.
¿Qué recursos tenemos? ¿Con qué auxilios
contamos para hacer una defensa
que os salve del rigor de un fiero asalto?
¿De Albarracín, de Terüel y Huesca
confiáis, acaso, en las supuestas tropas
con que os animan y que nunca llegan?
Lanuza, joven en su ardor primero,
se envaneció sin consultar sus fuerzas
al ocupar el elevado cargo
de justicia mayor, que no debiera
confiarse jamás ligeramente

a un mancebo sin canas ni experiencia.
El de Aragón comprometió el sosiego,
hizo odiosa la causa noble y buena
que defender quisimos, y abusando
del nombre de la patria, horrible guerra
atrajo a Zaragoza, convirtiendo
en rebelión al rey lo que defensa
debiera ser de nuestras leyes sólo.
¿Qué persona, por dicha, veis de cuenta
sus pendones seguir?... ¿Los magistrados,
sacerdotes, prelados y nobleza
los siguen, por ventura? ¡Y la ignorancia
apellida traición a la prudencia
de aquellos que evitar sólo pretenden
los funestos horrores que nos cercan!
Volved atrás los ojos, ciudadanos;
recordad el origen de esta guerra,
y veréis que es salvar la infame vida
de Pérez, de un traidor, que es de la Iglesia,
del Trono y del Altar vil enemigo.
¿Y hemos de perecer en su defensa?
ALGUNOS DEL PUEBLO. Por nuestra libertad, por nuestras leyes...
LARA. Escuchad, escuchad., ¿Pensáis que intenta
robáros las el rey? ¿Pensáis, por dicha,
que a intentarlo pudierais defenderlas?...
PUEBLO. ¡Lanuz a!...
LARA. ¿Aun ciegos te aclamáis? ¡Lanuz a!...
Toda vuestra esperanza tenéis puesta
en Lanuz a... No debo, no, ocultaros
la alevosa maldad..., la trama horrenda...
Estáis todos vendidos. Sí, vendidos...
PUEBLO. ¡Vendidos!
LARA. ¿No lo veis, oh gente ciega!...
PUEBLO. ¿Y quién es el traidor?
LARA. ¡Temblad, cuitados!
Lanuz a es el que os vende y os entrega
al justísimo enojo de un monarca
poderoso, ofendido; él solo...
ALGUNOS DEL PUEBLO. Es negra
calumnia.
LARA. Sosegaos, ¡oh compatriotas!
y no paguéis mi amor con tal ofensa.
Escuchadme y temblad. Y mis palabras
desarán pronto la confianza necia
que en un engañador tenéis cifrada,
y que al desastre y perdición os lleva.
OTROS DEL PUEBLO. Escuchémosle, pues.

LARA. Sí, aragoneses;

atentos escuchad, que os interesa.
Lanuza, si un momento pensó, altivo,
defender a Aragón, ya no lo piensa.
Su pecho, que juzgabais duro bronce,
se ha convertido pronto en blanda cera.
Y dio a la seducción grata acogida,
de una débil pasión infame presa.
Sabéis que adora a la gallarda Elvira,
que en su palacio sin rubor se alberga;
pues sabed que esa joven es la hija
del caudillo sagaz que nos asedia.
Ahora patente miraréis la causa
de concederle entrar, de darle treguas,
de no impedir que el arrabal ocupe,
de retardar el paso a las banderas
que alzaron las ciudades comarcas;
Y de una vez oídllo, ¡oh trama horrenda!
Aunque visteis que habló con el caudillo
manifestando arrojo y fortaleza,
en seguida con él y con la hija
una entrevista celebró secreta,
y yo le sorprendí, y otros conmigo
y que aquí mismo están.

ALGUNOS DEL PUEBLO. (Estos serán los mismos que salieron con Lara en la última
escena del acto anterior.)

Amigos, ciertas

son sus palabras.

LARA. ¿Qué esperáis ahora?

PUEBLO. ¡Es Lanuza traidor!

LARA. ¿Y duda os queda?

¿No escuchasteis ha poco sus acentos,
Y cuál se opuso a quebrantar la tregua,
como vos pretendisteis, disfrazando
con capa de virtud y de nobleza
sus pérfidos intentos?... ¿No habéis visto
cómo ha salido de los muros fuera?
¿Pensáis que va a lidiar, a hallar la muerte...?
¡Sólo ponerse en cobro es lo que intenta
y dejaros expuestos a la furia
y a los estragos de la horrible guerra.
Ya su dama tal vez está en seguro;
también Pérez huyó...; todos nos dejan,
del temor del monarca, de la furia
de una tropa feroz mísera presa.

PUEBLO. ¡Qué horror!... Lara, ¿qué haremos?...

LARA. ¿Qué...? Ahora mismo

abatir el pendón, abrir las puertas
al vencedor altivo humilde ruego
rendidos dirigir. Dar la obediencia
nuevamente al virrey y al arzobispo.
Podrá entonces el clero y la nobleza
contener el furor de los soldados,
el perdón impetrar y la clemencia
del gran Filipo, y Zaragoza salva
y Aragón salvo de este modo sean.
UNOS DEL PUEBLO. No corramos al muro.
OTROS. Zaragoza
ríndase al vencedor.

ESCENA V

Los mismos; HEREDIA

HEREDIA. ¿Qué voz funesta
hiere mi corazón, zaragozanos,
y toda la ciudad confusa atruena?
ALGUNOS DEL PUEBLO. ¿A qué lidiar? Las armas arrojemos;
rindámonos al rey.

HEREDIA. ¡Cielos!... ¿Qué aciertan
a pronunciar vuestros infames labios?
¿Imagináis que un rey perdona ofensas?
¿Queréis vos mismos presentar el cuello
al dogal del verdugo, entre cadenas
ver los hijos, violadas las esposas,
en llamas la ciudad, casas y haciendas
botín de forajidos, vuestra fama
en negro deshonor por siempre envuelta?
Ya no hay perdón. No le hay para nosotros,
por más que los traidores nos le ofrezcan.
Sólo esperar nuestra salud nos cumple
de una firme y constante resistencia.

ALGUNOS DEL PUEBLO. Lanuza es quien nos vende.

HEREDIA. Ciudadanos,
¡qué horror!... ¿Tal proferís? Esas sospechas
de la misma virtud y patriotismo,
¿quién es el alevoso que las siembra?
¡Lara, pérfido Lara!

LARA. No me ultrajes;
el pueblo teme, y con razón recela,
de ese inconstante joven. Le hemos visto,
con Vargas en oculta conferencia,
de su hija es amante... Su denuedo
ha vacilado; consintió en la tregua.

HEREDIA. Basta, basta, traidor; ya te comprendo.

LARA. ¿Te atreves...?

HEREDIA. Por piedad no te atraviesa
el pecho vil, perjuro y delincuente,
el vengador acero que en mi diestra
arde para pavor de los traidores.
No le fulmino en ti, porque cubriera
su lustre de baldón tu impura sangre,
y mi cólera justa te desprecia.
Ciudadanos, seguidme al alto muro:
la lid y la victoria nos esperan.
¡Venid!

ALGUNOS DEL PUEBLO. Lanuza huyó.
HEREDIA. Cuando afanoso

vengo a que toméis parte en sus excelsas
hazañas, le insultáis... Él, denodado,
en ese campo con ardor pelea,
y las contrarias huestes, destrozadas
huyen despavoridas y deshechas
a su ilustre valor y noble brío,
que todo lo destroza y atropella,
y por su bizarría queda libre
Zaragoza ahora mismo... ¿Y hay en ella
quien mancillar pretende su heroísmo?...
¿Y prestáis atención a tan perversas
sugestiones? Venid, tengamos parte
en la victoria. ¿No escucháis cuál truena,
en las murallas el preñado bronce,
el triunfo asegurando? No se pierda
tan feliz ocasión...

ESCENA VI

Los mismos y VELASCO

VELASCO. En vano, amigos,
es ya oponer inútil resistencia;
por doquier la victoria se declara
en favor, de Castilla.

HEREDIA. ¡Horrible nueva,
Velasco!

VELASCO. Hace un momento que Lanuza
arrollaba esforzado las banderas
del rey en la llanura. Mas de pronto,
envuelto se encontró por dobles fuerzas,
y cargado y deshecho se retira
a buscar en los muros su defensa;
mas al verle desmayan las escuadras
que ocupan temerosas las almenas.
Por toda Zaragoza el miedo cunde,
y gritos lastimosos doquier suenan;

ELVIRA y HEREDIA

HEREDIA. Cayó Aragón, Elvira; los cobardes,
aun antes de lidiar, viles, huyeron;
los esforzados, a la atroz cuchilla
del vencedor audaz rinden el cuello,
y triunfan orgullosos los traidores.
Ya no hay patria ni honor... ¡Ah!... Y yo no encuentro
honrada muerte!... En vano la he buscado
en la común ruina. Combatiendo,
la horrible confusión por estas calles
me arrastró de la lid, cuando me encuentro,
rota la espada que arrancó cien vidas,
en el jardín de este palacio. Y vengo
a buscar a Lanuza, y a su lado,
como noble, a morir.

ELVIRA. ¡Oh Dios eterno!
¿No habéis visto a Lanuza...? ¡Heredia! ¡Amigo!
Decidme: ¿por ventura esperaréis verlo
en este sitio..., o esperaréis...?

HEREDIA. Elvira,
tener noticias de él esperé al menos.
Yo el adarve ocupaba con los viles
que debieran morir o defenderlo,
cuando salió Lanuza denodado
a trabar el combate en campo abierto;
y al frente de los bravos escuadrones
le vi blandir el refulgente acero,
y sembrar el espanto y exterminio
en las haces contrarias, cuando el eco
de atroz conjuración, que reventaba
por toda la ciudad, pasmado advierto.
Corro a la plaza, animo a los leales,
al mirarme se aterran los perversos,
un momento no más, y cuando al muro
la muerte ansiando apresurado vuelvo,
ya no distingo amigos ni enemigos,
y no a Lanuza ni a los suyos veo,
sino matanza, confusión, estrago.
La espada empuño con feroz despecho,
y no conozco contra quién la esgrimo,
ni quién se me resiste, ni a quién hiero,
hasta llegar aquí... ¡Dios! ¡Cruda suerte!
¿Por qué no he perecido entre los buenos?
¿Y vos no sabéis nada...? Que ha cesado
el combate demuestra este silencio
pavoroso, terrible... ¿Y de Lanuza
noticia no tenéis?

ELVIRA. En el momento
que en las vecinas calles de las armas
escuché, pavorosa, el ronco estruendo,
de este palacio a la alta galería
que da a esa plaza me asomé, y, tendiendo
la ansiosa vista, muerte y exterminio,
y humo y ruina, y espantoso fuego
y polvo y confusión, miré doquiera.
Mas distinguir apenas los objetos
pudo mi turbación, cuando de pronto
cesó el rumor y el humo, y sólo veo
cadáveres horribles, negra sangre,
y la plaza llenarse de guerreros
castellanos en orden, que gritaban:
«¡Victorial ¡Viva el rey! ¡El triunfo es nuestro!»
Aterrada y exánime, los ojos
a todos lados, trémula, revuelvo,
y ni entre los montones de difuntos,
ni entre las huestes, a Lanuza advierto,
cuando de pronto miro a los soldados
de la ancha plaza levantar en medio
un cadalso...

HEREDIA. ¡Qué horror!

ELVIRA. Y estremecíme,
y de horrible pavor y espanto lleno
mi infeliz corazón, despavorida,
del alto corredor huyo, y desciendo
a este lugar...

HEREDIA. ¡Gran Dios!... ¡Desventurada!
¿Un cadalso?... ¡Qué horror! ¡Ah! No, no ha muerto
Lanuza en el combate... ¡A Dios pluguiera
muriese en él!

ELVIRA. Al escucharos tiemblo...
Mas ¿qué rumor...?

HEREDIA. El vencedor altivo;
vuestro padre, señora.

ELVIRA. ¡Oh, cuánto temo
su vista! Y vos, huid, huid, amigo;
salvaos, por piedad.

HEREDIA. ¿Qué estáis diciendo?
Morir es un deber; huya el que estime
en más la vida que el honor. No quiero
vivir para mirar mi patria amada
opresa, esclava entre afrentosos hierros.
(Se lo llevan los guardias.)

ESCENA III

HEREDIA, ELVIRA, VARGAS, LARA, VELASCO y SOLDADOS CASTELLANOS

VARGAS. Que la vecina plaza en torno ocupen

las tropas y cañones, sin que al pueblo
se deje penetrar en su recinto.

Que en alcance de Pérez salgan luego
seis veloces caballos escogidos;
en la vecina cárcel por momento
la vigilancia aumentese, y a ella
sean conducidos de cadenas llenos,
como Lanuza, sus parciales todos.

HEREDIA. Vedme; aquí me tenéis; contadme en ellos,

VARGAS. ¿Y qué hacéis vos aquí?

HEREDIA. ¿Qué...? Aborrecerte,

y mi tajante espada echar de menos;
que a tenerla en la cinta, ya estuviera
teñida en sangre vil de esos perversos,
y en la tuya también.

VARGAS. ¡Traidor!

HEREDIA. ¿Me insultas?

cuando me ves sin armas?

VARGAS. Y tu necio

orgullo, ¿qué pretende?

HEREDIA. Morir sólo;

con Lanuza morir sólo pretendo;
ansío la muerte.

VARGAS. La tendrás al punto;

a la vecina cárcel vaya preso,
y al lado de Lanuza su altiveza
yazca abrumada de pesados hierros.

ESCENA IV

ELVIRA y VARGAS

VARGAS. Hija, llega a mis brazos.

ELVIRA. ¡Padre! ¡Padre!

VARGAS. Tu parabién por mi victoria espero.

ELVIRA. Tened piedad de vuestra triste Elvira;
no desgarréis su acongojado pecho.

VARGAS. Hija, modera tu aflicción; triunfantes
del rey, nuestro señor, las armas vemos,
y es un delito en tan glorioso día
ostentar desplacer y sentimiento.

ELVIRA. ¿Y podéis exigir, ¡ay!, que renuncie
mi triste corazón a los afectos
de sensibilidad y de ternura

que le inspirasteis en mis años tiernos?

Manchado os miro en inocente sangre
debelador de un miserable pueblo;

maldito, odiado...

VARGAS. Cesa; disculparte
puede de tu dolor sólo el Excelso;
el que a los reyes sirve, debe...

ELVIRA. ¡Oh padre!
Debe de ser cruel, ya lo estoy viendo,
y sordo a la amistad, y a la ternura,
insensible...

VARGAS. Modera tu ardimiento;
en mí respeta a un padre... que amoroso
perdona tu imprudente desconcierto.
Elvira, torna a tu inocente calma,
y tranquilice la razón tu pecho.
Considera las altas distinciones,
el favor, la riqueza con que espero
recompensado ser. Todo, hija mía...

ELVIRA. ¿Qué pronunciáis, señor? Yo lo desprecio
todo. ¡Qué horror!... Sí, todo. Padre, padre,
¿hablarme osáis de un galardón funesto?
Sólo quiero la muerte o mi Lanuza.

VARGAS. ¿Y aun le nombras?

ELVIRA. ¿Y debe sorprenderos
que mi labio le nombre, si le adora
mi corazón amante y lo contemplo
como un deber?...

VARGAS. ¡Oh Dios!

ELVIRA. Sin él, la muerte,
la muerte os pido... Recordad, os ruego,
que vos para mi esposo le elegisteis;
recordad que inspirasteis en mi pecho
esta pasión, por vos funesta ahora,
y que va a hundirme en el descanso eterno
¡Oh padre!... ¿No tembláis? Ved vuestra hija
vuestras plantas regar con llanto acerbo.
¡Ah!... Volvedme mi bien, o dadme muerte;
arrancadme esta vida que aborrezco...
Compadeced mi suerte.

VARGAS. ¡Hija! ¡Hija mía!
Mi esperanza y dulcísimo consuelo,
ven a mis brazos, ven.

ELVIRA. ¡Oh padre mío!
¿Hallaré en vos piedad de mis tormentos?
¡Ah! Sí, siempre me amasteis. Y mis penas
en vuestro tierno amor tendrán remedio.
Volvedme a mi Lanuza.

VARGAS. ¡Hija adorada!

ELVIRA. Recordad el cariño dulce y tierno

cumplir, de un rey airado los preceptos.

ELVIRA. Allí viene... ¡h dolor! Ved vuestro amigo;
miradle entre cadenas.

VARGAS. ¡Dios eterno!
¡Cuál me turbo al mirarle!

ESCENA V

ELVIRA, VARGAS y LANUZA, con cadenas; SOLDADOS CASTELLANOS

ELVIRA. (Abrazándolo.) ¡Oh mi Lanuza!

LANUZA. ¡Elvira!... ¡Oh Dios! Contén, yo te lo ruego,
contén el llanto que ablandar pudiera
un corazón de redoblado acero.

No enerves con tus lágrimas, el mío,
mansión de la constancia y del esfuerzo.

ELVIRA. ¡Lanuza! ¡Oh Dios!

LANUZA. ¡Cuánto anhelaba verte!
¡Ya recibí tu abrazo postrimero!
Tranquilo moriré.

ELVIRA. ¡Ah! ¿Qué pronuncias?
¡De horror me pasmo! ¡De terror me hielo!

LANUZA. (A Vargas.) Y vos, ¿qué me queréis? Ya en esa plaza
he visto el sitio infame que yo debo
con mi sangre ilustrar. A él me conduce;
de morir por mi patria estoy sediento.
Sáciese del tirano la venganza,
y despierte tal vez la de los Cielos.
¿Por qué tardáis?

VARGAS. (Hace señas a los soldados, y se retiran.)

Lanuza, ¿has olvidado
mi amistad, mi cariño, el dulce tiempo...?

LANUZA. Sí, todo lo olvidé; sólo a mi patria
opresa, esclava, entre cadenas veo.
Y si vuestra amistad, y si los nudos
que nuestras casas enlazar debieron
no quise recordar, como advertiste
esta mañana, en este sitio mismo,
cuando muy superior a vos me vía,
cuando os juzgaba honrado caballero,
ahora que estoy cargado de cadenas,
y que a mi vencedor en vos contemplo,
y que os he visto, pérfido y aleve,
ministro al fin de un déspota soberbio,
los pactos infringir, de las virtudes
fiero abusar de un inocente pueblo,
y sordo a la razón y a la justicia
viles tramas urdir para vencerlo,
¿me juzgáis tan indigno de mi nombre

VARGAS. Y yo salvar tu vida, cual merece
tu virtud eminente, sí, lo quiero.

LANUZA. ¿Queréis mi vida conservar...?

VARGAS. ¡Lo juro,
lo juro, hijo adorado, por el Cielo,
por los días preciosos de esta hija
que a ser tu esposa destinó mi afecto!
¡Lo juro...!

LANUZA. Basta; retiraos al punto
de esta infeliz ciudad; vuelvan los tercios
del rey Felipe a tierra de Castilla;
quede libre Aragón, y los perversos
traidores que os han dado la victoria
a mi enojo entregad, y al punto acepto
la vida que me dais.

VARGAS. Joven Lanuza,
¿estáis en vos?... Pensad.

LANUZA. Ya nada pienso:
o hacer lo que os propongo, o al cadalso
llevadme sin tardar.

ELVIRA. ¡Oh Dios eterno!
Escuchad de mi padre las palabras
si me amáis: escuchadle, yo os lo ruego.

LANUZA. (A Vargas.) Decid, pues.

VARGAS. ¡Oh Lanuza! No desprecies
mi paternal cariño y el deseo
que de salvar tu inapreciable vida
y de enlazarte con mi Elvira tengo.
Calla, no me interrumpas, y un instante
el juvenil arrojito de tu pecho
calma, y escucha, advierte lo imposible
de poder acceder yo a tus deseos.
Examina, examina tus propuestas,
y lo conocerás. Otro sendero
más fácil y expedito de salvarte,
si adoras a mi Elvira, te presento.

LANUZA. ¡Dios bondadoso!... ¡Elvira idolatrada!

VARGAS. Tu virtud, tu valor, tu ilustre celo
no pueden ya empañarse. Si la suerte
tan noble decisión miró con ceño,
no es culpa tuya, no. Tú combatiste,
tú resististe con heroico esfuerzo,
tú has defendido con ardor tu patria,
tú has sido abandonado por el pueblo.
¿Te resta algo que hacer? Todo lo hiciste.
Pues ya de la prudencia los consejos
debes seguir, y la prudencia manda

la vida conservar para otro tiempo.
Con tu muerte Aragón nada consigue,
y sólo va a servir de horrible ejemplo.
Conserva pues, tus días, que lograrlo
puedes sin mancillar tu nombre egregio
del cargo de justicia, que ejercías
por voluntad de un sublevado pueblo;
haz la renuncia en mí, y orden circula
a todas las ciudades de este reino
de hacer pleito homenaje al rey Felipe,
renunciando las leyes y los fueros
que ya estaban hundidas y olvidados
y que ahora por la fuerza los perdieron;
y salvaré tu vida, y del monarca
el perdón...

LANUZA. ¡El perdón!

ELVIRA. Sí...

LANUZA. Ya más tiempo

no me es dado sufrir vuestra osadía.
¡Perdón! ¿Y habláis conmigo? ¡Oh vilipendio!
¿En insultarme os complacéis, malvado?

VARGAS. ¡Lanuz!

LANUZA. ¡Monstruo!

ELVIRA. ¡Oh Dios! De verle tiemblo.

¡Padre!

VARGAS. Cierta es su muerte, sí, hija mía.

ELVIRA. ¡Qué horror!... ¡Ay!

VARGAS. Evitarla ya no puedo.

LANUZA. ¿Pretendéis que autorice del tirano

la vil usurpación?... ¿Queréis que el velo
de una inicua renuncia ante los ojos
del mundo cubra la opresión de un reino
y la autorice? Ved, ved cuál vos mismo
sentís un interior remordimiento
que procuráis calmar, mi honor manchando
y haciéndome a la par cómplice vuestro.

VARGAS. Ved que al punto la muerte...

LANUZA. ¡Oh dulce muerte!

Conserve yo mi honor, y venga luego.
Impaciente la aguardo.

ESCENA VI

Los mismos y VELASCO

VELASCO. Íncrito Vargas,

¿a qué esperáis? Sus rayos postrimeros
hunde el sol en ocaso. En Zaragoza
se advierte conmoción. Si algún ejemplo

de castigo y terror no la escarmienta,
nuevos desastres esta noche temo;
apresurad, señor...

VARGAS. ¡Ya no es posible!

El mandato del rey cúmplase luego.

LANUZA. Sí, llevadme al cadalso. ¡Noble muerte
que va a poner a mi constancia el sello!

(A Velasco.)

Y tú, traidor, dirásle de mi parte,
si osas nombrarme, al infelice pueblo,
que, pues para morir como Numancia,
como hombres libres les faltó el esfuerzo,
no acrecienten sus males por ahora
y para otra ocasión guarden su aliento,
pues al fin la virtud triunfará un día
y no serán los déspotas eternos.

VARGAS. ¡Guardias!

(Entran soldados castellanos.)

ELVIRA. ¡Oh Dios! ¡Lanuza! ¡Padre mío!

VARGAS. Hija, él lo quiere.

LANUZA. Elvira, sí; lo anhele.

(A los soldados que acaban de entrar.)

Vamos, llevadme, pues, fieros ministros
de la opresión. Llevadme do sereno
mi vida dé a la patria y a los hombres
de decisión y de constancia ejemplo.

(A Vargas.)

Y tú, infeliz fautor del despotismo;
tú, infame y degradado caballero,
¿osas mirarme con tranquila frente,
cuando me ves triunfar entre estos hierros
de Felipe y de ti? Mas no, que tiemblas,
y tiemblas de pavor y de despecho,
y tu traición con mi lealtad comparas,
y mi virtud veneras en silencio.

Llevadme. ¿Qué tardáis?

VARGAS. Sí, con su muerte
se asegure Aragón.

ELVIRA. ¡Oh Dios eterno!

Padre, ¿qué pronunciáis? ¡Mísera suerte!

¡En un cadalso! ¡En un cadalso!... ¡Cielos!

LANUZA. El cadalso es infame solamente

para el que ante la ley se encuentra reo;

pero cuando venganza de tiranos

el mundo le contempla, es monumento

de gloria, es un altar honroso y santo.

VARGAS. Amigos, ya lo veis; aseguremos

del rey el trono con su muerte. Sea.
LANUZA. ¿Piensas que, al morir yo, todos los buenos
mueren también?... Al punto conducidme,
(A Vargas.)

y tú sal y presencia cómo muero.
Y ve a decirle a tu feroz monarca,
para que tiemble en su dosel soberbio,
que en mí no se concluyen los valientes,
ni va a extinguirse, al dividir mi cuello,
la estirpe generosa de esforzados
que ansían dar la libertad al suelo.
si el fuego del honor que ardió en Padilla
tornó a inflamarse en mi ardoroso seno,
también mi pura sangre derramada
se verá re novada en otros pechos,
que acaso lograrán la insigne empresa
de hacer a España libre. Sí, mis restos,
mis restos gloriosos tal vez pueden
germinar una raza de alto esfuerzo
que humille al ominoso despotismo;
y un día llegará, ya lo preveo,
que venzan la razón y la justicia,
y en que de la maldad triunfen los buenos,
y, rotas las cadenas del oprobio,
goce la libertad el orbe entero.
¡Oh placer! Ya se acerca presuroso
este anhelado y venturoso tiempo.
Y la gloriosa España la primera
dará el grito que salve al Universo.
¡Oh esperanza feliz y deliciosa!
Que cumplida serás, piadoso el Cielo
me lo asegura. Entonces, ¡patria mía!,
recuerda que por ti gozoso he muerto.

VARGAS. Al punto sea.

ELVIRA. (Cayendo en brazos de Vargas.)

¡Bárbaro!

VARGAS.

¡Hija mía!

ESCENA ÚLTIMA

VARGAS y ELVIRA

VARGAS. ¡Infelice de mí!... ¡Destino horrendo!

Del que a servir a la opresión se presta,
éste es el galardón, éste es el premio:
ver la heroica virtud en el cadalso,
y a la inocencia hundida en el despecho.

FIN DE «LANUZA»

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



editorial del cardo